

3. Tres sencillos pasos que arruinarán tu paz mental
20 de abril – Celtas Cortos

Comenzaba a tomar las riendas de mi vida. Si entendemos por asumir el control el hecho de dar pasos de cangrejo. Torpes. De lado a lado. Sin saber bien qué camino escoger. Yo sabía cuál debería haber tomado, pero me desvié en la primera área de descanso. En un acto de valentía involuntaria —o *ida de olla*—, de esos que se convierten en inyecciones de adrenalina, decidí desbloquear a Antonio. Y fui yo la que marcó primero.

Paso 1: desbloquear a tu ex.

—Espero que lo que tengas que decir valga la pena.

—¡Qué sorpresa, Meritxell! —dijo Antonio, con esa voz grave y rasgada que daba escalofríos y que, para mi sorpresa, ya no tenía efecto alguno sobre mí—. No tenía mucha fe en que fueras a hacerme caso.

—No hagas que me arrepienta.

Soné más borde de lo que pretendía. No es que estuviera enfadada con él. Bueno, quizás un poco sí. Aunque no tanto como lo estaba con ese amigo suyo con el que —*por desgracia*— compartía más que un café. Si Antonio había escrito a Lola para hablar conmigo —la persona que más crítica fue con todos ellos cuando *pasó lo que pasó*— era porque había pasado algo lo suficientemente *gordo* como para abrir el cajón de mierda. *Al menos una última vez.*

—Verás —*ese tono no me gustaba*—, he pensado en hacer una cena con todos y creo que deberías venir.

—Define “todos”.

—Natalia, Julio, Marcos, yo...

—¿Y?

—Sí, Mery, también vendrá De la Vera.

Genial. Maldije algo en voz baja. No recuerdo exactamente el qué. En realidad sí, pero no es apto para todos los públicos. Ese era el problema de tener una escaleta de minutaje en toda mi historia con De la Vera, incluyendo a los personajes secundarios. *Entre tú y yo, me cagué en to' sus muertos.*

—No estoy segura de que sea buena idea, Toni.

—Venga, va. Por los viejos tiempos. Nos lo pasábamos bien y te mereces volver a reencontrarte con todos.

La picardía de Antonio disfrazada de inocencia mal disimulada. El muy capullo sabía exactamente qué tecla tocar. Sabía que si hacía algo, como ir a una cena —o hacer *puenting* sin cuerda—, lo haría por y para mí. Aunque por dentro quemase algo que no sabía muy bien qué era.

Spoiler: lo sabía, pero no tenía intención alguna de ponerle nombre.

Paso 2: Aceptar la invitación de tu ex.

Acepté. Firmé mi sentencia de muerte y vendí mi alma al diablo. En menos de una semana volvería a toparme cara a cara con los fantasmas de mi pasado. Aquellos que seguían apareciéndose en la madrugada.

Ya no sólo era Alejandro. Hacía años que no veía a Antonio, ni a Marcos, ni a Julio, ni – muy a mi pesar – a Natalia. Esa *supuesta* amiga –a la que seguía teniendo un cariño que no sabía si merecía– que lo más bonito que me había dicho la última vez que nos vimos es que había intentado joder una amistad. ¡Ah! Y que era una *zorra* sin sentimientos.

Y la creía. Como quien cree a un padre cuanto te está *leyendo la cartilla* la primera vez que vas a salir de fiesta. Te aseguro que lo que pasó nunca fue un intento de romper algo sobre lo que no tenía derecho alguno. Solo conseguí engañarme a mí misma. E hice lo mejor que sabía hacer: utilizar el silencio como arma para darles la razón a todos ellos.

—Mery, en cinco minutos en mi despacho. Avisa a Lola, porfa.

Carmen entró en mi despacho. Sin llamar. Con la confianza de alguien que sabía que lo que iba a encontrar dentro era a una mujer trabajando de más. Le agradecía esa intromisión en silencio. *Estaba volviendo a sobrepensar...otra vez.*

No era la típica jefa *estiradilla*. Era una líder que se comportaba como una amiga cercana, porque realmente quería serlo. Lástima que nos separara un abismo lleno de ceros al final de mes.

Pasé por el despacho de Lola. Esperaba encontrarla trabajando. Pero, lima en mano, se tomaba un descanso. Uno largo que, seguramente, había comenzado en el momento exacto en el que cruzó la puerta de la editorial aquella mañana.

—¡Reina del pop! Carmen nos espera en su despacho.

—Joder, justo ahora que me faltaba por hacerme la otra mano.

Me adelanté a Lola y me colé en el despacho de Carmen, sin llamar, como ella había hecho minutos antes. Lola y yo teníamos nuestro propio cubículo, pero el despacho de Carmen era mucho más grande que el nuestro. Imaginaba que, al menos hasta que la editorial fuese ganando cierto prestigio –y contratando nuevos perfiles–, mantendríamos ese privilegio que algunos llaman *intimididad*. Luego nos invitarían, *amablemente*, a ocupar mesas de oficina, en hileras, con el ajetreo de pisadas y fotocopias a modo de hilo musical.

El despacho de Carmen tenía ese toque moderno que no comprendía del todo. No es que fuese excesivamente clásica, pero la decoración extravagante de esas cuatro paredes –o de tres muros y un ventanal tan grande como mi casa– chocaba con mi propio estilo.

Lola se dejó ver el pelo un rato después. Unos cinco minutos que había convertido en un café de máquina y un cigarrillo en la puerta de la editorial. Carmen la recriminó cariñosamente, porque sabía que Lola era así. *Incorregible*.

—Bien, chicas. Tengo buenas noticias.

—¿Tenemos el resto de la semana libre? —preguntó Lola, emocionada. Incorregible, ¿recuerdas?

—Ojalá, chicas —dijo Carmen, riéndose—. No, esto es mucho mejor. He conseguido que una agencia publicitaria acepte nuestro humilde presupuesto y nos haga una campaña.

Mi móvil vibró encima de la mesa. *El presagio de que algo estaba a punto de ocurrir.* Carmen seguía explicándonos los detalles de la campaña publicitaria que había contratado. Nos pidió que nos pusiésemos de acuerdo para escribir un correo electrónico al encargado de la misma, con las indicaciones sobre lo que esperábamos a cambio de una suma de dinero. Al contrario que a Carmen, a mí no me parecía tan humilde. Solicitó que explicásemos en qué consistía nuestro trabajo y cómo lo llevábamos a cabo. Una carta de presentación, en resumidas cuentas.

Sé que Lola preguntó algo. Algo importante. Pero yo ya no estaba en esa reunión. Al menos no mentalmente. Miré el mensaje que acababa de recibir. Y —*como ya sabrás*— nada bueno podía salir de un mensaje que no se esperaba.

 De la Vera (11:23):

No vengas el viernes, por favor
Invéntate algo. Di que estás mala, pero no vengas

—¡Será cabrón!

El silencio se hizo en el despacho. Carmen y Lola se miraron sin entender qué estaba pasando. Noté como el calor subía por mi cara hasta instalarse en mis mejillas. Les pedí disculpas y coloqué el móvil en la mesa.

Una aparición estelar, De la Vera. Años de silencio y un *bonito* mensaje. ¿Quién se creía que era para darme órdenes? No pensaba contestarle. Lo tenía *clarísimo*. Una parte de mí ansiaba abrir WhatsApp y mandarle un audio diciéndole lo más grande. Y que se fuera a la mierda, de regalo. No lo iba a hacer. Mi paz mental —y mi orgullo— me lo impedía.

Cuanto más lo pensaba, más me encendía. Se me notaba en la cara. Lo sabía porque Carmen ya no se dirigía a mí y Lola me miraba con cara de *dime que no es lo que estoy pensando*. Sí, lo era. Alguien había decidido volver de entre los muertos. La diferencia con Jesucristo es que él había resucitado a los tres días. De la Vera había tardado tres años.

La reunión continuó. Carmen ya no solo hablaba de la campaña publicitaria, sino de una nueva obra que nos había llegado. Una trama romántica entre una chef de éxito nacional y un mendigo que resultaba ser el príncipe de no sé dónde. Una nueva vibración.

 De la Vera (11:30):

Por cierto...soy Alejandro.

Bufé tan alto como la gata con garras en la que estaba a punto de convertirme.
Tranquilo, De la Vera. Sabía que eras tú, porque nadie más es tan imbécil como para enviar ese mensaje y hacer como si nada. ¿Años reales? Treinta. ¿Mentales? Dos añitos.

—Mery, cielo, si necesitas salir unos minutos...

Carmen comenzaba a preocuparse. No la culpo. Yo también lo estaba. Mi cabeza ideaba mil maneras de cometer un asesinato y salir impune. En todas ellas, Alejandro dejaba de respirar. Nada ético por mi parte, lo reconozco.

—No, no. Estoy bien. Decías algo sobre mostrar más apoyo a los autores, ¿no? Podríamos hacer *feedbacks* semanales para saber cómo están o si necesitan algo —dije, intentando recuperar la compostura... o la poquita dignidad que me quedaba.

Lola apoyó mi idea. Aún seguía mirándome con esa cara de no saber qué *coño* estaba pasando. No lo sabía ni yo, cómo para explicárselo a ella. Pero una vez más, me contuve. Dejé el mensaje en leído, sin intención alguna de cambiar ese estado. *Caprichoso destino.*

Mi móvil vibró de nuevo y la pantalla se iluminó con el nombre de *De la Vera*. Quería que la tierra me tragara. No podía ser verdad. Les hice un gesto con la mano a Carmen y a Lola, diciéndoles que enseguida volvía. Salí del despacho, con las pulsaciones a doscientos, agarrando el móvil como si fuese a resbalarse de mi mano como mantequilla...y un ‘*vete a la mierda*’ en la punta de la lengua. Al igual que tú, sabía que no iba a pronunciarlo.

Paso 3: Hablar con Voldemort.

—Estoy trabajando. Tienes cinco minutos —dije nada más descolgar. *¿Dónde había quedado la frase estrella que tenía preparada?*

—¿Ahora no contestas a mis mensajes?

Me metí en mi despacho y cerré la puerta con más fuerza de la que esperaba. Los cristales retumbaron a mi espalda. Recé todo lo que supe para que el portazo no se hubiese escuchado al otro lado del teléfono. No iba a darle el gusto de perder la compostura.

—Te repito: estoy trabajando.

—¿Vas a venir? —preguntó tranquilamente. Al contrario que con Antonio, su voz seguía poniéndome los pelos de punta.

—Sí.

Suspiró. Me lo imaginaba nervioso, pasándose la mano por la cara, sin saber cómo continuar esa conversación que *él mismo* había iniciado en un acto de falta de cordura. *Querido Alejandro, no siempre se puede tener todo bajo control.*

—¿Qué necesidad tienes de esto, Meritxell? No va a cambiar nada. Te lo dejé bien claro la última vez que nos vimos: no queda nada entre nosotros.

Lo esperaba. Te juro que esperaba el jarro de agua fría que acababa de echarme por encima. Lo que Alejandro no sabía es que yo ya no era la niña que creía —sin cuestionarlo— cada una de sus mentiras. Ahora era la mujer que él había dejado escapar —*varias veces, por cierto*— y que estaba dispuesta a demostrarle que era feliz sin él. O al menos, lo intentaría. *No me juzgues.*

—Claro —dije, saboreando cada palabra—. ¿No será que tienes miedo de estar frente a mí y que todo ese circo que has montado durante años se venga abajo con solo chasquear los dedos? Permíteme decírtelo, De la Vera: das pena. Si no quieres ir, no vayas. Pero no tienes ningún poder de decisión sobre mí. ¿Ha quedado claro?

No dijo nada. *¿Y qué iba a decir?* Le había dado donde más dolía. *Acoso y derribo* a ese gran amigo suyo al que llamaba ego. No iba a reconocerlo. Claro que no. Alejandro era, ante todo, un hombre orgulloso, cabezota y lleno de miedos que nunca había sabido gestionar. Y, una vez más, lo estaba demostrando.

—Haz lo que quieras. Yo voy a ir porque son mis amigos de toda la vida. Tú no dejas de ser...

—Dilo, no te quedes con las ganas —le solté, rabiosa perdida.

—Olvidalo.

—No, no. Dilo. No dejo de ser... ¿la perra que intentó joder la amistad que tenías con Antonio?

—No iba a decir eso... Da igual. Nos vemos el viernes. A no ser que sigas mi consejo.

Colgó. Sin darme la oportunidad de contestarle como realmente se merecía. Sin reconocer lo que se le estaba pasando por la cabeza. ¿De qué me sorprendía? Así era él. Alguien que siempre decidía por la otra persona. Alguien que no podía sentir que perdía el control de la situación. Entre tú y yo, la batalla la acababa de perder al escribir el primer mensaje.

Una conversación que llegaba tres años tarde y acababa en una discusión absurda. *Genial.* La cena del viernes prometía. Supe, más que nunca, que tenía que ir. No iba a darle el gusto de hacerle ver que aquello me había afectado más de lo que estaba dispuesta a admitirle.

Claro que me afectó. Años de silencio y una bronca de regalo. De la Vera quería una guerra fría. Y yo...yo era la mejor aliada de Estados Unidos.

Buena suerte, Alejandro.